

EL DRAMA DE VIETNAM

En París, un bonzo ayuna por la paz

por Gilles Lapouge

No sólo por razones humanitarias, y por la necesaria defensa de los principios internacionales de no intervención y autodeterminación de los pueblos, los hombres sanos del mundo condenan la guerra en Vietnam. También por los riesgos generales que supone, las críticas se han dejado oír en toda la tierra.

En primer lugar, está el peligro de la escalada. Las iniciativas norteamericanas en Vietnam ¿representan apenas el preludio de acciones más vastas? ¿China es el objetivo final? Y esta cadena, ¿no conducirá necesariamente a una conflagración generalizada? Que el peligro existe lo demuestra el hecho de que algunas agencias norteamericanas, influyentes en su gobierno, han llegado a la conclusión de que la escalada es la forma necesaria que asumen en nuestro tiempo los conflictos bélicos.

Es claro que el hecho revela un deterioro profundo de las estructuras de poder en los Estados Unidos. Sin embargo, este engranaje parece afectar ya estratos más radicales de la sociedad norteamericana. Con las obligadas consecuencias negativas, en su interior y en el exterior.

Hace poco, Arthur Schlesinger, en el Saturday Evening Post, advertía que "Si la historia se repite —lo que ocurre con frecuencia— la guerra de Vietnam corre el peligro de provocar en los Estados Unidos un fenómeno comparable al macartismo." Schlesinger ilustraba su artículo con una serie de casos concretos, y concluía: "A medida que se intensifica la guerra y domina nuestra vida nacional, vemos aparecer los síntomas acostumbrados: simplificación abusiva de los problemas, intercambio de insultos, menosprecio de los motivos y de la lealtad de los enemigos y degradación del debate... Esos casos, que aún son aislados, pueden multiplicarse a medida que aumente el sentimiento nacional de frustración. Las gentes se negarán a decir lo que piensan, para evitarse problemas. Y, un día, despertaremos en una atmósfera en que sólo faltará McCarthy para que haya un nuevo macartismo."

La guerra de Vietnam, como ha ocurrido con otras guerras colonialistas a ultranza, es un boomerang que podría terminar con la nazificación de las metrópolis. Y ¿cuál es el límite de ese proceso?

Pero la guerra de Vietnam tiene también otro rostro. A veces heroico, otras desesperado, siempre doloroso. El apoyo de la fuerza a los tiranos locales, invariablemente da lugar a estos actos. Nos referimos a esa lucha, mitad religiosa y mitad política, enigmática para los occidentales, que llevan a cabo los bonzos de Vietnam, muriendo abrazados por el fuego.

¿Cuáles son los motivos y los fines de tan tremenda decisión? ¿En qué principios de la moral objetiva y subjetiva se apoyan esas experiencias? ¿Por qué esa batalla, en que la muerte es apenas un accidente, contra el general Cao Ky? A través de una plática con un budista vietnamita, el periodista Gilles Lapouge, en el Figaro Littéraire, [16-VI-66] contribuye a recorrer ese velo, impenetrable para nuestra mentalidad de cartesianos.

La calle Galvani, escondida en algún lugar cerca de la Puerta de Champerret, es silenciosa. Sin embargo, el domingo pasado, cuando dormía la ciudad por el calor del mediodía, la calle Galvani se convirtió en escenario de extraños movimientos: llegaron varios automóviles transportando un buen número de policías. Grupos de paseantes se agolparon frente a una reja de hierro. A través de sus barrotes se podía ver, en el centro de un pequeño patio, un altar cubierto de sedas de vivos colores. Una estatua de Buda, en su pedestal de oro, desaparecía tras la profusión de flores recién cortadas. De algunos quemadores de incienso se desprendían delgadas columnas de humo azul.

Frente a Buda, sobre un sillón, un hombre se replegaba sobre sí mismo. Su cráneo estaba rasurado. El venerable Quang Thiep, enfundado en una larga túnica azafrán, cumplía su décima jornada del ayuno que se había impuesto para protestar por la ayuda de los norteamericanos al gobierno sudvietnamita del general Ky. A la izquierda del altar algunas mujeres vestidas con trajes de seda, se arrodillaban sobre un tapete multicolor. Otro bonzo cruzó el patio y se colocó al lado del primero. Se trata del venerable Thien Chau, venido de Londres para asistir a las fiestas del Vesaks, en que se conmemora el nacimiento de Buda. (Hace 2122 años nació en la región del Ganges un hijo de la reina Maya. El día de su nacimiento cayó del cielo una lluvia de flores. Así comenzó la existencia de aquel que se nombraría el Perfecto o el Digno.)

Los dos bonzos se arrodillaron ante el modesto altar de la calle Galvani. Un niño hizo sonar una pesada campana de bronce suspendida de un árbol. En esos momentos comenzarían las plegarias por la paz en Vietnam. El venerable Quang Thiep leía los textos y los fieles le respondían en un tono de voz un poco ronco. Una vez terminados los rezos, el bonzo se puso de pie y dio algunos pasos vacilantes, como si fuera un sonámbulo. Su rostro denotaba un profundo agotamiento. El otro bonzo se acercó a él y le pidió interrumpir su huelga de hambre. El venerable Quang Thiep sonrió. Es verdad que estaba muy débil, pero respetaría su promesa: continuaría su ayuno durante veintidós días. Los dos bonzos se miraron: ambos estaban muy delgados, eran pequeños y aparentemente muy jóvenes. Las mujeres lloraban. Algunas extendían vagamente las manos hacia el venerable Quan Thiep. Este cerró los ojos: las mujeres se acercaron para sostenerlo en el momento en que perdió el conocimiento. De inmediato sería transportado a un hospital. Los cirios continuaban ardiendo sobre el altar, entre las flores, y el humo azul del incienso seguía elevándose en el aire de la noche.

El mismo día, en Hué, otro bonzo, el más respetado de todos, el venerable Tri Quang, continuaba su huelga de hambre. También el mismo día, en Saigón, las milicias negras del general Ky



desfilaban empuñando cartelones belicosos, a la cabeza de un inmenso cortejo de católicos. Los budistas se han levantado desde hace meses contra este furor belicista. Hoy, ha llegado a su paroxismo el enfrentamiento entre Ky y los bonzos; todos conocen las imágenes trágicas a que ha dado lugar. Yo le he preguntado al secretario general de la asociación de budistas de ultramar, Vo Van Ai, las razones de ese combate y sus oportunidades futuras.

Vo Van Ai es un hombre pequeño, con grandes ojos vivos y una palabra clara, rápida y precisa. Se arrodilla frente a mí sobre un tapete y espera con calma mis preguntas. Me explica la estructura de su asociación, que tiene por objeto reunir a los budistas vietnamitas residentes en ocho países de ultramar, entre ellos Francia. Esos hombres y mujeres están gravemente privados de toda ayuda espiritual. En Francia, por ejemplo, únicamente hay dos bonzos, de los cuales uno es muy anciano y está en París por razones de salud, siendo insignificante su actividad. Es verdad que sería urgente enviar a otros bonzos a París, pero ahora todos los budistas están ocupados por la lucha en Saigón.

—Se acusa a los budistas de intervenir en cuestiones políticas, pero entonces, ¿por qué jamás hemos formado un partido político? La acción política es la ciencia del poder, y nosotros en ningún momento hemos pretendido tomar el poder. Nuestra misión es muy diferente. Lo que deseamos es ayudar al pueblo a tomar una conciencia política.

—Algunos pretenden que el budismo no está implantado en Vietnam tan sólidamente como se afirma. En el pueblo, el animismo, el culto a los antepasados, el confucionismo, el taoísmo, para no hablar de sectas como el caodismo, tendrían más eco que el budismo.

—En su masa profunda, el pueblo vietnamita es budista. Considere usted las tradiciones, que forman el alma de un pueblo. Ellas están enteramente impregnadas de budismo. Nuestra manera de pensar se deriva de las doctrinas de Buda. Espontáneamente el pueblo se expresa en términos budistas.

—Tal vez ésa no sea sino una impresión cultural. Observe un país como Francia. Hasta los agnósticos piensan según categorías cristianas y no por eso son católicos.

—Es verdad, pero el caso de Vietnam es distinto. En el remoto pasado la penetración del budismo fue total: en el siglo **xiii** inclusive la administración estuvo en manos de los bonzos. Después se difundieron otros cultos; las misiones católicas tuvieron una gran influencia. Al mismo tiempo el budismo se desintegró hasta el punto de sólo representar una colección de supersticiones. Sin embargo, a partir de 1930 asistimos a su renacimiento espiritual. Algunos bonzos decidieron renovar el budismo y conferirle su fervor y fuerza originales. A partir de entonces el budismo está en plena expansión y renovación. Por lo demás, esto

está demostrado por el vigor con que ha luchado, primero contra Diem, y ahora contra Ky.

Vo Van Ai habla con una voz calmada y sin inflexiones. A veces sonríe brevemente: es la única expresión que aparece en su rostro. Contesta simplemente, con una paciencia infinita, a todas mis preguntas. Me parece que podría quedarse ahí días y días sin dar señales de cansancio. Le digo que ciertos occidentales comprenden mal la lucha actual del budismo. ¿El budismo no está orientado más bien hacia el retiro y la sabiduría que hacia la acción? Por otro lado, el budismo parece considerar que la vida en sí es mala. En estas condiciones, ¿cómo matizar e introducir jerarquías en el mal? ¿Cómo pronunciarse contra tal o cual forma de maldad, si la vida, en su esencia, es el mal? En todo caso, así pueden interpretarse ciertas palabras de Buda, por ejemplo la advertencia que le hacía a su discípulo Ananda: “No te desesperes, Ananda. La vida es una larga agonía, sólo es dolor. El niño tiene razón de llorar cuando nace. Ésta es la primera verdad”.

Vo Van Ai me ha dejado hablar largamente.

—Sé bien que algunos occidentales conciben de esa manera la doctrina de Buda y reconozco que el budismo es difícil de interpretar. Pero quisiera aclarar que el budismo no es una doctrina pesimista. En los cánones budistas no hay una sola palabra que sea categóricamente pesimista. Es verdad que Buda consideraba que la vida es sufrimiento, pero precisamente él se proponía luchar contra ese sufrimiento.

“A veces se piensa que el budismo es una doctrina de la Nada que sostiene el renunciamento a la vida. ¡Qué error! El budismo invita a alejarse de la vida, pero no a renunciar a ella. La vida de Buda es el mejor testimonio de lo que digo. El no es indiferente hacia la vida, juega con los niños e intenta salvar a los hombres. Está “comprometido”. Las enseñanzas de Buda están orientadas hacia la práctica. Si desea, puedo contarle una historia, que demuestra que el budismo es más atento a las condiciones reales de la existencia que al sentido literal de la doctrina.

“Es un relato de la escuela Zen. Dos bonzos van en una peregrinación; al regreso encuentran un río y una mujer que no puede cruzarlo. Usted sabe que Buda prohíbe todo contacto entre los bonzos y las mujeres. Sin embargo, uno de los bonzos ayuda a la dama a cruzar el río. El otro bonzo está colérico. Cierra los dientes y no despega la boca hasta llegar a la pagoda. Ahí, por fin, estalla en reproches contra el otro bonzo: ‘Hermano, nuestros preceptos prohíben tocar a las mujeres. Has hecho mal’. El bonzo responde: ‘Hermano, yo solamente ayudé a la mujer a cruzar el río; en cambio, ella ha vivido en tu corazón desde el río hasta la pagoda’.

Vo Van Ai precisa todavía. Si bien el budismo, gracias a su





elasticidad, no es fácil que sufra divisiones y herejías, como ocurre en otras religiones, es necesario distinguir entre un gran número de interpretaciones de la palabra de Buda. Es posible señalar sobre todo dos grandes tendencias: el Hinayana o Pequeño Vehículo (en los países meridionales como Ceilán, Camboya o Laos) y el Mahayana o Gran Vehículo, en los países septentrionales (el Tibet, China o Japón) una serie de matices muy sutiles diferencian las dos tendencias. La primera es estrictamente fiel a la letra del budismo primitivo, mientras que la segunda, la del Gran Vehículo, es más libre en su interpretación. Por ejemplo, el Gran Vehículo admite la existencia de Bodhisattvas, es decir de hombres que han alcanzado el estado de Buda pero que vuelven a la vida para ayudar a los otros hombres. Podemos ver en esto las raíces de la lucha que libra el budismo actual.

Pero hay otra pregunta. El budismo es una doctrina de la no violencia. Prohíbe a los bonzos consumir carne de cualquier animal que haya sido muerto. Sin embargo, en el sur de la India los monjes pueden comer pescado, pero gracias a un subterfugio: el pescado, al precipitarse sobre la carnada, ha dado pruebas él mismo de una glotonería poco edificante. Aparte de esta excepción, el budismo es claro sobre el particular: el primero de sus preceptos ordena el respeto absoluto de la vida de los demás.

—Me parece que la no violencia se lleva demasiado lejos. Hay inclusive un budista que ha dicho: “Si encuentras un escorpión, trata de alejarte, y si no lo logras, evita matarlo y déjate picar por el escorpión.” ¿Esta idea no le parece en contradicción con la conducta budista en Vietnam?

—Los bonzos no practican la violencia, responde Vo Van Ai. Por el contrario, aplican una forma original de combate porque ellos mismos son las víctimas de su acción, ¡la muerte quemados o la huelga de hambre ilimitada! Es verdad que, como respuesta, el pueblo termina por rebelarse violentamente contra quienes obligan a los bonzos a llegar a tales extremos. Pero los budistas no tienen el poder de impedir esa reacción.

Podemos también decir que el ejemplo del escorpión es corregido por otro ejemplo, el de la serpiente. Esta es una de las características del budismo, cuya doctrina es elástica, misteriosa, fluida, tanto que generalmente circulan versiones distintas sobre su contenido. Tales incertidumbres, silencios y contradicciones ofenden a la inteligencia cartesiana, pero es necesario hacer un esfuerzo para comprenderlos. He aquí el ejemplo de la serpiente: “La serpiente, que era mala y picaba a todo el mundo, fue convertida al budismo por un justo. Desde ese día la cobra se hizo una serpiente ejemplar. Una verdadera santa. No solamente ya no mordía a nadie, sino que soportaba todas las ofensas que le hacían los muchachos del pueblo en que vivía. La gol-

peaban, le jalaban la cola, etc., hasta que la cobra adelgazó de tal manera que parecía un clavo y enfermó. El justo, por aquellos días, regresó a la región y visitó a la cobra. La serpiente le confesó su felicidad por haberse convertido al budismo, pero el justo no encontró que tuviera un buen aspecto. La cobra le confió sus desgracias, a lo que el justo respondió:

—Oh cobra, no hay nada más insensato que permanecer pasivo y dejarte golpear y maltratar por los niños. No se trata de morderlos, pero debes intimidar a quienes quieren matarte. Debes defenderte del mal, sin responder al mal con el mal, sin devolver la ira por la ira.”

Después interrogué a Vo Van Ai sobre el hecho que sorprende más a los occidentales en el combate que libran los budistas contra el general Ky: el suicidio de los bonzos incendiándose.

—Sé bien, afirma Vo Van Ai, que tales suicidios parecen atroces e injustificados para muchos. Pero no debe hablarse de suicidios. Los venerables que se sacrifican eligen quemarse vivos y esa determinación está fundada en una vida espiritual de una extraordinaria riqueza. No podemos juzgar un acto tan rico y complejo como éste. Se trata de un sacrificio, de una recuperación, como Jesús se sacrificó por los hombres. Y, además, la noción misma de la muerte es misteriosa. Para los occidentales existe la muerte y la vida, oponiéndose y excluyéndose mutuamente. En cambio, nosotros no tenemos la misma noción de la muerte. La vida y la muerte sólo son pequeños instantes en el eterno flujo vital...

—¿El fuego tiene un significado particular en el culto budista?

—En la ceremonia de ordenación de los bonzos, el postulante se mantiene en la posición de loto mientras se coloca sobre su cráneo un carbón incandescente. También hubo casos, en el pasado, en que los bonzos se han quemado un dedo o una mano, como sacrificio. Pero el fuego no es un elemento privilegiado. Así, Buda, en una de sus primeras encarnaciones, se paseaba por un bosque cuando encontró un león hambriento que estaba a punto de devorar a sus propios cachorros. Buda, antes que soportar eso, prefirió ofrecer su cuerpo como alimento para el león. En muchos otros ejemplos encontramos la misma noción de sacrificio, pero el fuego no parece jugar en ellos un papel particular.

Vo Van Ai se interrumpió un instante. Después continuó, con una voz rápida:

—Es verdad, tales cosas son difíciles de comprender. En occidente, algunas imágenes, como la de la joven bonza devorada por las llamas, han parecido intolerables. Se ha visto en esos actos el signo de una resolución atroz, desesperada. Pero después de todo, ¿no deberíamos situar tales hechos en el contexto



vietnamés? ¿Alguna vez pensamos en que mientras se consume un bonzo que se ha prendido fuego, muchos miles de personas, muchos miles de inocentes mueren quemados por el napalm? Todos los días hay infinidad de hombres que mueren en los bombardeos, y esos hombres no han elegido morir.

“A veces se sospecha que los budistas están en combinación con el comunismo. Hasta se ha pretendido que el venerable Tri Quang le hace el juego a los comunistas. Es una mentira. Lo único que deseamos es que desaparezca el belicismo y la guerra desencadenada por el general Ky.

“Nosotros solamente deseamos la paz, lo que estrictamente corresponde a la ortodoxia de las enseñanzas budistas. Buda manifestó una inmensa compasión por el sufrimiento de los hombres. Llegó a decir que el budismo existía porque existía el sufrimiento. El budismo se propone disipar el sufrimiento. Hoy, el sufrimiento del mundo es Vietnam. Debemos hacer todo lo que esté de nuestra parte para terminarlo.

“No tenemos por qué temer al comunismo. El budismo existe desde hace dos mil quinientos años, ¿cómo podría temer al comunismo? Lo que vemos es la degradación del pueblo a fuerza de sufrimientos y desgracias. En el campo, hay muchas personas que dicen: ‘Me duelen los dientes: es por culpa de los norteamericanos’. He aquí el verdadero peligro.

“A fuerza de desesperación, los vietnameses corren el riesgo de caer en todas las trampas de la propaganda comunista. En ese sentido, no somos nosotros quienes hacemos el juego al comunismo, sino los gobernantes actuales, con su fanática política de guerra. Si hay alguna posibilidad de evitar el comunismo, el único camino posible consiste en liquidar al gobierno militar y organizar elecciones libres. El venerable Tri Quang, cuando lleva a cabo una huelga de hambre ilimitada, como ahora, no persigue otros fines. Durante los próximos días y semanas la situación puede agravarse aún más. Si tomamos en cuenta el respeto que el pueblo le profesa al venerable Tri Quang, debemos preguntarnos lo que ocurrirá si sufre una desgracia. En ese caso, los norteamericanos y el gobierno de Saigón, serían eternamente responsables por la tragedia. ¡Y cuántos nuevos sufrimientos para el pueblo de Vietnam!”

El sufrimiento de Vietnam, ¿se debe a otras causas? Aquel domingo en la tarde, después de que se llevaron al venerable Quang Thiep, una joven vietnamesita, de apenas veintiún años, me habló de su país. Y me habló de la miseria, la vergüenza, los lutos y la vuelta incesante del dolor. Después de un momento añadió:

—Pudiera ser que usted me encuentre un poco extraña. Esto me ha ocurrido a veces en París, cuando hablo. Sin duda tienen razón. Sabe usted, cuando nací ya mi país estaba en guerra.